

Recetas
Cubanas
para sanar
un corazón
roto

LAURA
TAYLOR
NAMEY

CROSS
BOOKS



1

Puedes llamarlo como quieras. Unas vacaciones, un regalo de graduación de la escuela o incluso un escape. Pero lo único que sé es que estoy lo más lejos de Miami de lo que he estado en toda mi vida.

Estoy aquí porque el remedio cubano falló. Se trata de uno muy antiguo que parece una receta de cocina. Y aunque los ingredientes pueden variar de una familia a otra, el objetivo es siempre el mismo: que tu familia te ayude a juntar los pedazos de tu corazón roto. Sin embargo, como no hay nada que la comida o la familia puedan hacer para curar mi corazón, me han engañado, como a la protagonista de una de las telenovelas que mira Mami.

—El siguiente, por favor. —El agente de aduanas del aeropuerto me hace señas para que pase—. ¿Cuál es el motivo de su visita, señorita? —me pregunta cuando le entrego el pasaporte.

Pasan dos segundos y luego cuatro hasta que llega mi flagrante mentira.

—Vacaciones.

No digo nada más porque Spencer, uno de mis anfitriones para este verano, está esperando, y el hecho de que me lleven a una inspección secundaria es tan malo como una extracción de dientes o cualquier examen ginecológico. Pero ¡por *Dios!* Cómo me gustaría

desquitarme con este agente y con el mal día que estoy teniendo. Apenas puedo reprimir el deseo de acercarme a su elegante uniforme azul y gruñir: «Estoy. *Aquí*. Porque no solo mi querida abuelita murió, sino que a los dos meses de su muerte, mi mejor amiga me abandonó y mi novio de tres años me dejó justo antes del baile de graduación. A eso lo llamo la trifecta. Y, al parecer, estaba tardando mucho en superarlo, así que mi familia me envió aquí para que me *calmara*. No quería venir a *su* Inglaterra, pero mi mami sacó a relucir su mejor truco, uno aún más poderoso que los pasteles de guayaba y otros típicos remedios cubanos para el corazón: Abuela. Así que, para responder a su pregunta, *yo* no tengo ningún motivo para estar aquí».

¡Pum! El agente sella mi pasaporte y lo desliza hacia mí.

—Disfrute su visita.

Que disfrute su visita repetí en mi cabeza con ironía.



Dos horas más tarde, y tras un viaje en autobús con pocas palabras, seguido de un viaje en taxi en absoluto silencio, el conductor nos deja en un lugar que solo he visto en fotos. Por desgracia, se olvidaron de incluir el sol. Estoy temblando bajo un cielo gris mientras Spencer saca mis dos grandes maletas del coche.

Así que esto es Winchester, Hampshire, Inglaterra.

Cruzo la estrecha calle y me acerco a la posada Owl and Crow. Como muchos otros edificios que pasamos en la ciudad, la posada parece sacada de una novela de Jane Austen. El enorme edificio de ladrillo rojo anaranjado, que tiene forma de pastel de bodas, se eleva sobre el vecindario. La hiedra trepadora se enrosca desde la entrada, recorriendo la posada de tres pisos en sendas de hilos verdes. Este lugar rebosa de historia.

Nada en Miami es tan antiguo. Ni siquiera la señora Cabral, quien todavía acude cojeando a la panadería de mi familia todos

los lunes y ya era anciana antes de que mis padres nacieran, es tan vieja como este lugar.

Spencer Wallace arrastra mis maletas por debajo de una pérgola adornada con rosas. Al verlo aquí en lugar de en Miami, cuando va de visita con su mujer y su hijo, me doy cuenta de lo mucho que su aspecto combina con su posada de ladrillo. Cabello pelirrojo con canas recientes. Combinación de barba y bigote. Y hasta lleva un pesado blazer de lana. Fue *esto*, el primer vistazo a mi pariente lejano en el aeropuerto, lo que hizo que mi viaje se volviera aún más surrealista que cuando embarqué en el vuelo. Mami y Papi me han enviado a un país extranjero donde los hombres usan blazers de lana. En *junio*.

—Ven aquí, Lila —dice Spencer desde la puerta—. Cate ya debería haber vuelto de fisioterapia. Está agradable aquí dentro.

Me choca el hombro cuando cierra la puerta detrás de nosotros.

—Lo siento —dice, y dirige otra mirada de preocupación a mi ropa, la misma que ha estado mirando de reojo desde que salí de la aduana. En la terminal 5 del aeropuerto, descubrí que mis jeans blancos, mis sandalias doradas y mi ligera blusa rosa no son las opciones típicas para unas vacaciones en Inglaterra, ni siquiera a principios del verano. Pero es *totalmente normal* para Miami. El hecho de que tenga frío o no da igual.

En el interior de la posada, el aire es cálido, pero no sofocante. Huele a mantequilla y azúcar. Inhalo e intento guardar esos aromas. Los olores familiares son lo más parecido a un hogar que puedo encontrar en este momento.

La tía Cate aparece en la base de una lustrosa escalera de madera.

—¡Ah! Aquí está mi niña. —Se acerca y me rodea con sus brazos—. Siento no haber podido ir con Spencer a recibir tu avión, y por tener que llevarme el coche.

—El autobús estuvo bien —digo contra su hombro mientras la lana de su abrigo me hace cosquillas. Su cabello rubio recogido

en un moño es el mismo que recordaba, pero su acento suena más plano que nunca. ¿Es esto lo que veinticinco años en Inglaterra le hacen a una venezolana, nacida con el nombre de Catalina Raquel Mendoza? Aquí, en esta ciudad medieval de Hampshire, junto a su marido, ella es Cate Wallace.

—¡Mírate! Casi por cumplir dieciocho años. —Cate da un paso atrás, frunciendo el ceño. —Vamos al salón a tomar el té mientras Spence sube tus maletas. El fuego está encendido y te conseguiré un suéter antes de que desempaques. Esa blusa es muy delgada... no queremos que te resfríes.

Mi pecho se aprieta alrededor de mi corazón y entonces... sucede. Aquí, en el acogedor vestíbulo de Owl and Crow, con tablonés de madera desgastados bajo mis sandalias y contenedores llenos de puntiagudos paraguas en la puerta. No sucedió en el aeropuerto internacional de Miami cuando llevaba un ceño fruncido inquebrantable o incluso mientras le daba besos obligados a mis padres y a mi hermana, Pilar. No sucedió mientras veía las brillantes luces de mi ciudad desaparecer detrás del ala del avión. No lloré entonces. No lo haría. Pero Catalina-Cate Wallace logra aflojarme y no puedo evitarlo. Se me humedecen los ojos y se me cierra la garganta ante un recuerdo que nunca se irá.

¡Ponte un suéter, que te vas a resfriar!

Ponte un suéter, que te vas a resfriar. El mantra más cubano de todos. Uno que nos tatuamos en la frente, lo escribimos con tinta indeleble en nuestra correspondencia con aroma a violetas y gritamos a todo volumen desde las ventanas a los niños que comen paletas en las calles de la Pequeña Habana. Mi abuela repartía pilas de suéteres virtuales a diestro y siniestro, hasta que aquella fría mañana de marzo no pudo hacerlo más. Ese fue el día más frío de todos.

Mi mano sube hasta el amuleto en forma de paloma dorada que cuelga de mi cuello, un regalo que me hizo Abuela hace cuatro años. Cate se da cuenta y sus refinados rasgos se marchitan.

—Oh, tu dulce abuelita. Era una mujer maravillosa, cariño.

Cariño. No, *mija*. Eso no era algo que la Cate inglesa pudiera decir.

—La abuela prácticamente me crio a mí también. —Cate se encuentra con mis ojos hinchados—. Lamenté no poder ir a su funeral.

—Mami lo entendió. Es un viaje largo.

Cuatro mil trescientos ochenta kilómetros.

Cate pone sus dos manos sobre mis mejillas. Es un gesto tan parecido al de Abuela que las lágrimas amenazan con volver a aparecer.

—Dime la verdad —dice—. Aunque me acababan de operar del cuello, tu madre encontró la forma de culparme, ¿no es así?

Me rio. Inglaterra no se ha llevado todo. Sus labios fruncidos, la inclinación de su cadera y sus ojos desafiantes me recuerdan a la Cate del último viaje de los Wallace a Miami.

—¿Cómo lo supiste?

—Quiero mucho a tu madre. Pero las mujeres de las telenovelas podrían aprender de ella.

La dueña del drama de telenovela. Mami nunca fue a la universidad, pero de todos modos tiene un título en drama, con una especialización en ser *extra*. También se especializa en hacer todo lo contrario a lo que es mejor para mí.

—Toma asiento en el salón mientras traigo el té que nos ha preparado Polly —dice Cate y señala la entrada antes de marcharse.

Me quito el morral negro y el formulario de la aduana se asoma por el bolsillo delantero. *Disfrute su visita*. Arrugo el papel en una pequeña bola. Ningunas supuestas vacaciones me van a hacer sentir mejor.

2

Entiendo por qué a los huéspedes de Owl and Crow les encanta el té de la tarde que sirven en el salón, pero este bizcocho, o *scone*, lleva demasiado azúcar. Aunque la textura es casi perfecta, el nivel de dulzura es el punto en el que fallan muchos pasteleros. La harina, la mantequilla y el azúcar son simples soportes para otros sabores: especias y extractos, fruta, crema y chocolate. Un pastel nunca tiene que ser demasiado dulce. Basta con que sea memorable.

No es que sea una experta en *scones*; de hecho, nunca he hecho uno. El último lo comí hace cuatro meses, cuando Pilar quiso celebrar su cumpleaños veintiuno con *afternoon tea* en el hotel Biltmore de Miami.

Al igual que aquel lugar histórico, este salón, con sus paredes azul cielo y tapicería de brocado, parece más un cuadro que una habitación. Aquí, soy un personaje de la vida de otra persona.

Lo llamaré: «Chica cubana con *scone* demasiado azucarado sin Miami».

—...Y dar paseos. El campo está tan cerca... Puedes ir en una de las bicicletas para huéspedes a todas partes y, bueno, también puedes descansar. El centro de la ciudad tiene cafés y pequeñas tiendas que sé que te encantarán.

Durante los últimos cinco minutos, entre tragos de un té negro fuerte, Cate ha estado intentando venderme Winchester como si fuera una agente inmobiliaria.

Yo le sonreía tiesa, como si ella de verdad pudiera hacerlo.

—Suenan bien, gracias por dejar que me quede.

Me encuentro en el límite imaginario entre querer ahogar todas mis palabras dentro de la tetera decorada con rosas y mostrar respeto a la mujer que conozco desde que nací.

—Déjate de tonterías —dice Cate—. Puedes ser honesta conmigo.

—Bien. —Dejé la taza sobre la mesa, que hizo un ruido metálico desagradable—. No quiero estar aquí, aunque ustedes sean mi familia.

Las palabras ni siquiera atraviesan su mirada, que es fría como el cielo de mármol blanco que se ve por la ventana. Cate acaricia el borde de su taza de té. Sus uñas ovaladas brillan por el esmalte negro cereza.

—Por supuesto que no. No hace falta que finjas. Pero tus padres creen que pasar un tiempo fuera te ayudará...

—¿Y qué hay de lo que yo pienso? ¿De lo que *yo* siento?

Soy un disco rayado que repite el mismo guion desde que me reservaron el vuelo. Toda la ayuda que necesito está a seis mil kilómetros, al otro lado del Atlántico. Ese es el lugar donde, semanas atrás, tenía todo lo que quería. Es el hogar de nuestra panadería, de la que me haré cargo y haré crecer, la que siempre me recordará a Abuela: la panadería La Paloma. Su recuerdo y su espíritu siguen entre esas paredes y ahora yo no estoy allí.

No necesito a Inglaterra. Miami es mi ciudad favorita, el hogar donde he ganado mucho en diecisiete años. Me llama, como si fuera mi propia sangre espesa o mi médula ósea. *Eres mía*, me dice. *Puedes volver a ganar*.

Pero no aquí. No en Inglaterra.

Miami guardaba mis relaciones más queridas, aquellas por las que lloro en secreto. Abuela. Andrés. Stefanie. Mi corazón, mi cuerpo y mi memoria aún no los han superado. Muchas cosas pueden cambiar en estos ochenta y cinco días en los que estaré en Inglaterra y no voy a estar en casa para poder detenerlas.

—Estás sufriendo, Lila. Y asustaste a tus padres —dice Cate—. Tu salud mental es más importante que hacerte cargo de La Paloma ahora mismo.

Bueno. La regla de no dejar de decir tonterías es válida para ambas. *Pero estaba lidiando con ello*. Necesito más tiempo, no más conversaciones. Tampoco más espacio. ¿Por qué Mami y Papi no pueden verlo?

Cate se enrosca un mechón rubio que se le escapa del moño.

—Solo prométeme una cosa, porque ambas conocemos a *tu mamá* enojada.

Levanto la mirada ante su uso del español.

—Intenta encontrar tu lugar aquí. Quizá incluso te diviertas un poco. Pero hazlo con cuidado, ¿está bien? —Parece que pasar la última media hora conmigo ha hecho que su acento se incline un poco hacia el suroeste—. No corras sola de noche ni hagas nada... imprudente.

Imprudente. ¿Como lo que hice hace dos semanas? Mis mejillas arden de ira y arrepentimiento.

Fui tan torpe. Tan descuidada.

Pero no digo nada de eso. Escondo el resto de mis respuestas orales bajo mis últimos bocados del *scone* de grosella negra de Polly. Sí, demasiado dulce.

Me queda la mitad del té en la taza cuando Cate me da un empujón en el antebrazo.

—Te ayudaré a acomodar tus cosas. Spence ya debería tener preparadas tus maletas. —Se levanta, indicándome que la siga al vestíbulo y suba la amplia escalera.

La segunda planta de la posada Owl and Crow alberga ocho habitaciones. Cate había mencionado que todas estaban reservadas,

pero ahora mismo el pasillo solo está ocupado por hileras de candilabros de bronce. Unas grandes alas de pájaro doradas adornan cada lámpara.

Nos detenemos ante una puerta ancha, sin señalizar, con un pequeño teclado.

—Estas son las escaleras a nuestro apartamento privado. El código de la puerta es el código postal de nuestro antiguo barrio en Miami.

Los rasgos de Cate se suavizan con nostalgia. Cuando sus padres se mudaron de Venezuela a Miami, Cate pasó tanto tiempo con Mami en casa de Abuela que se convirtió en su segundo hogar. Pilar y yo nunca la llamamos prima. Siempre será nuestra tía.

Me hace un gesto para que introduzca los cinco dígitos que me sé de memoria. Tras un pitido, la cerradura se abre con un clic, revelando la entrada a otra escalera de balaústre tallado.

Las escaleras nos dejan en un amplio espacio con aspecto de *loft*. Cate señala un pasillo.

—Spence y yo tenemos nuestra habitación ahí abajo. —Gira y me guía a través de la sala por el ala opuesta—. En este lado está la habitación de invitados, un baño y la habitación de Gordon. Ahora está con un grupo de estudio en la biblioteca.

Tengo un vago recuerdo de que aquí los exámenes escolares duran hasta bien entrado el verano.

—No puedo creer que Gordon ya tenga dieciséis.

Ella sonrío.

—Y está tan alto que apenas le reconocerás. La última vez que se vieron debía tener unos doce años. Fue justo antes de nuestro viaje a Key West.

—Sí, le encantaba corretear por la cocina de La Paloma mientras tú y Mami bebían cafecito en la entrada. —Mi pelo oscuro cae sobre mi rostro y me doy cuenta de que huele a avión. Me lo echo hacia atrás—. Intentaba robar una empanada de cada bandeja que Abuela sacaba del horno. Ella lo aporreaba con su toalla de mano, pero no lograba detenerlo.

La ráfaga de recuerdos pincha como el golpe de una goma elástica contra la piel.

Desvío la mirada hasta que Cate me aprieta el hombro. Abre una puerta con paneles y empuja hacia dentro.

—Aquí es. Ya sabes dónde encontrarme. La cena es a las siete.

El dormitorio donde pasaré los próximos ochenta y cinco días tiene una auténtica cama con dosel. No es una imitación comprada en una tienda de muebles, sino una auténtica pieza del Período Regencia. Dejo mi bolso y deslizo los dedos por las vetas de madera de cerezo. Como el resto de la posada, parece vieja.

Spencer ha dejado mis maletas junto a una banca de terciopelo gris. Examino el espacio: un aparador con un televisor encima, un sofá de dos plazas con flores grises y un escritorio. Una de las paredes tiene una generosa ventana con paneles, que ahora deja pasar la tenue luz de la calle. La otra pared que da al exterior tiene una ventana más amplia, pero con mecanismos de manivela. Corro las cortinas de seda color crema. Los marcos de la ventana producen un chirrido paranormal cuando giro la manivela y paso mi torso. Inclineda sobre el alféizar, miro por encima de las copas de los árboles hacia el patio amurallado de una iglesia que choca directamente con ese lado de Owl and Crow. Mis ojos se esfuerzan por adaptarse, cambiando las palmeras y el estuco color melocotón de mi antigua ciudad por el ladrillo desgastado y las iglesias empinadas, justo como la pequeña parroquia de piedra que hay al lado.

Mi nueva habitación es preciosa. Pero eso no quita que una parte de mí quiera golpear la pared con los puños y soltar los gritos salvajes que han resonado en mi mente todo el día. Todo marzo, abril y mayo. Nada previene que la otra parte de mí quiera esconderse bajo el cobertor de felpa.

Me conformo con arrastrar las maletas hacia la puerta; no estoy preparada para organizar mi nueva realidad. Abro la cremallera de la maleta de mano que tengo encima de la cama. Miami está

dentro. Restos del limpiador de azulejos de vinagre con limón de Mami y del spray con aroma a gardenia que uso en mi habitación se adhieren a todo lo que necesitaré esta noche. Abuela podría haber hecho esta maleta.

Gracias a ella, Pilar y yo nunca nos atreveríamos a subir a un avión sin llevar un juego de ropa interior de repuesto y una muda de ropa. *Al fin y al cabo, ¡la compañía aérea podía perder tu equipaje!* Abuela nunca se fiaba de los encargados del equipaje.

Y yo no les había confiado estas cosas. Después de unas calzas y una camiseta larga, saco el característico delantal blanco de Abuela, aquel que sostuve en mi regazo durante su funeral. Luego, una foto familiar de mis padres, Pilar y yo en el jardín de mi tío abuelo. Y otra pequeña instantánea de Abuela que tomé el año pasado. Su delgada figura, coronada por una melena negra y canosa, sonreía mientras desayunaba café con leche y pan tostado.

Abuela y yo éramos las únicas de la familia que guardábamos recuerdos, memorias. Pili no heredó el gen sentimental y Mami odia acumular cosas. Pero, aun así, no ha quitado el pequeño altar lleno de tarjetas, fotos, figuritas y flores secas de la cómoda de Abuela. Aún no ha convertido su dormitorio en una habitación de invitados, ni ha sacado sus zuecos de jardín del patio. Por ahora, hasta mi madre guarda cosas.

Preparo mi propio altar, el que he trasladado, y coloco objetos de Miami en la mesita de noche. Mi corazón se detiene en la última prenda de mi bolso: una camiseta blanca de la Universidad de Miami que compré para Stefanie. Es un recuerdo de enormes proporciones, el recuerdo de un plan de mejores amigas que aún no estoy preparada para guardar en un cajón.

Esta camiseta es la razón principal por la que estoy aquí.

Hace dos semanas, como si se tratara de una broma de mal gusto, la camiseta blanca llegaba a la panadería La Paloma el mismo día en el que salía el vuelo de Stefanie. Stef ya no iba a ir a la

Universidad de Miami. Mi amiga ya no iba a ir a ningún sitio de Miami. Y menos conmigo.

El principio de nuestro final tuvo lugar dos días antes de la entrega de la camiseta. Me había acomodado en su cama como lo hacía siempre, con la diferencia de que ahora una enorme bolsa de lona se había tragado la alfombra de Stef. Su pasaporte, una pila de documentos de viaje y el paquete de la Asociación misionera católica del sur de Florida llenaban su escritorio.

Y el desenlace de nuestro final se produjo cuando di un portazo y hui de una casa en la que me habían tratado como a una más de la familia por años.

Y en el medio, mi mejor amiga admitió que llevaba desde noviembre preparándose para un puesto de auxiliar sanitario de dos años. Meses de formación que nunca mencionó. Stef había cambiado su admisión en la Universidad de Miami por una remota aldea en Ghana, sin decir una palabra.

Hace dos semanas, sola en la oficina de la panadería, me había quedado mirando el logotipo de la universidad en la camiseta, con las palabras que habíamos soltado cayendo sobre mí como granizo.

¿Y no podías decírmelo?

Lila, lo siento mucho. Me hubieras convencido de no hacerlo.

Eso no es verdad.

Tengo que irme.

¿Entonces reorganizaste toda tu vida a mis espaldas?

Acababas de perder a tu abuela. Y después de lo que pasó con Andrés... Además, sabes que te habrías opuesto. Y hubieras ganado, como siempre.

Luego corrí a casa y lloré mirando una *selfie* de la graduación que nos habíamos tomado la semana anterior. Mi melena morena y sus finas capas de pelo rubio caían bajo los birretes que ahora estaban teñidos del oscuro color del engaño.

Sostener la suave camiseta en la oficina de la panadería solo sirvió para confirmar algo para mis adentros: mi duelo había cambiado, pasando de una línea entre dos puntos finales palpitantes —Abuela y Andrés— a una nueva forma. Un triángulo.

Y esa trífecta se alzaba de tal manera que no podía deshacerme de ella. No podía encontrarme a mí misma bajo el oscuro vacío. Mi corazón se fragmentó y mi respiración era como el preludio de una tormenta. Tenía que irme. Tenía que correr.

Receta para el abandono de tu mejor amiga de la cocina de Lila Reyes

✧ **Ingredientes:** Un bolso deportivo guardado en la oficina de Papi. Un par de zapatillas Nike para correr. Una camiseta sin mangas azul neón. Un par de calzas de compresión Adidas.

✧ **Preparación:** Ponte la ropa y huye por la puerta de servicio trasera. Ve a tu dulce ciudad natal, Miami. Es lo suficientemente grande como para acogerte. Vuelve a los lugares y las calles que te conocen, que conocieron tu amor y tu alegría antes de que los últimos tres meses se llevaran tanto. Recupéralo todo. *Deja de hablar de Stefanie con tu familia. Es tu pérdida y vas a lidiar con ella.

✧ **Temperatura de cocción:** 475 grados Fahrenheit, exactamente cómo se siente el calor en Miami cuando sales a correr por la tarde.



Aquella tarde, hace dos semanas, me dirigí al estacionamiento trasero y guardé todo excepto el llavero y el teléfono en mi Mini Cooper turquesa. Estiré, elongué y me preparé para hacer lo segundo que mejor sabía hacer. Corrí más lejos que nunca; una distancia

por la que la gente gana medallas y galones. Mi único premio era la agotada recompensa de una obstinada rebeldía. Durante horas, pasé por alto todas las señales de peligro que emitía mi cuerpo y crucé los límites del vecindario hasta que llegó la hora de la cena. Un pensamiento se abrió paso a través del sudor, el calor y el dolor hasta que mis músculos finalmente se paralizaron: si me alejaba lo suficiente, podría escapar de mi propia piel.

Hoy me pregunto si Stef tenía razón, si realmente podría haberla hecho cambiar de opinión.

Después de todo, mi poder de persuasión no había funcionado con mi familia.

Me hundo en la banca de terciopelo gris e intento estar lo más quieta posible. Imagino que, si no me muevo, el lugar de donde vengo tampoco lo hará. West Dade se congelará en el espacio y el tiempo hasta que vuelva a casa.